



Domingo Rivero y la herencia becqueriana

A los cincuenta años de su muerte, la figura de Domingo Rivero permanece velada. La monografía de Jorge Rodríguez Padrón (1967), los colectivos **Homenaje a Domingo Rivero** (1966) y **Pictografías para un cuerpo** (1977) y otros trabajos críticos dispersos, dan testimonio del interés suscitado por una obra sólo en parte conocida. Esta parcialidad ha determinado, en algunos casos, una suerte de provisionalidad crítica, cuando no ha deparado la sensación de reflexionar en el vacío; el **otro lado** de la obra de Rivero —los poemas todavía inéditos— tiene el peso del enigma y de la sorpresa posible, aún intuyendo que esa zona oscura no habrá de desviarse, en líneas generales, de la poética contenida en los poemas publicados. Una obra no conocida en su totalidad anula, desde un punto de vista estrictamente teórico, cuantas conclusiones críticas se verifiquen sobre la parte divulgada; quiero decir: para la óptica crítica, que ha de operar sobre objetos unitarios, la obra conocida no puede, en rigor, resultar menos inédita que la otra, al quedar siempre en suspenso —imposibilitada, en suma— toda validación crítica general.

Sin embargo de esto, no nos está vedado —como no lo ha estado para los trabajos citados más arriba— establecer algunos rasgos particulares en la obra hasta ahora publicada de Domingo Rivero. Rodríguez Padrón ha señalado varios rasgos estilísticos, singularmente el reiterado uso del hipérbaton. El influjo de Bécquer en el último cuarto del siglo XIX y en la generación modernista (y aún en la lírica posterior) es dato de prácticamente indiscutida aceptación. De Bécquer procede, en efecto, una actitud de estética precisa que gravita en diversos lenguajes de la poesía contemporánea¹. La dicción becqueriana pesa, así, en Antonio Machado y en Jiménez, en Miguel de Unamuno y, me parece, en Domingo Rivero; no sólo, ciertamente, en la sintaxis de violencia levísima, sino también en el vocabulario de calculada sobriedad. Ejemplificar en qué medida el hipérbaton, el léxico e incluso el valor de la exclamación y de la interrogación —a veces como cierre del poema— poseen, en Rivero, una directa gravitación becqueriana es la proposición crítica aquí tan sólo sugerida. En otro lado de esta página encontrará el lector esos ejemplos. Rivero no es un poeta ahistórico; muy al contrario, lo que nos interesa de él es, precisamente, su valor histórico, su lenguaje de voluntad clásica y su absoluta modernidad ideológica.

Hace falta decir que una página distinta habría de precisar los aspectos, por demás notorios, que separan ambos poetas?

A.S.R.

1) En la página 180 de su libro, Rodríguez Padrón anota: "Las fechas en que vive (Domingo Rivero) también podían afiliarnos, tan siquiera cronológicamente, al movimiento; a ese movimiento de poesía posromántica que desde Bécquer abre cauces a la poesía contemporánea."

1

De la ermita perdida
en la falda del monte solitario
—imagen de mi vida—
entre ruinas se eleva el campanario.

Mi vida fracasó; desvanecido
contemplé mis anhelos; y mis hombros
siento que ya vacilan, doloridos
de sostener escombros.

Pero en mi pecho se conserva, sana,
como en mi fuerte juventud lejana,
la recóndita fibra
donde, cual entre ruinas la campana,
el ideal aún vibra...

("Campana de ermita")

2

Mi oficina da al mar. Desde la silla
donde hace treinta años que trabajo,
las olas siento en la cercana orilla
de las ventanas resonar debajo.

.....

Son emigrantes... ¿Voverán? ¡Quién sabe!

("Viviendo")

3

Acércate al viajero y tiéndele la mano,
y cuando te la estreche verás que es un hermano:
¡un hijo del dolor

("El viajero")

4

Son nuestras vidas
como las olas: afán y espuma.
Las olas nacen diciendo "ahora"
y pronto mueren, diciendo "nunca".

5

...cual tú con divino anhelo,
en los crepúsculos rojos,
alzas tus ojos al cielo
y el cielo baja a tus ojos.

("Como tú")

6

Lo turbio, en el mar, va al fondo.
¡Quién pudiera así, en lo hondo
del corazón dolorido,
poner sobre la impureza
del mal —que al cabo es tristeza—
el manto azul del olvido!

("Invierno")

7

Y hoy, pobres pies cansados, que a mi puerta
la muerte ya con impaciencia llama
y camináis hacia la tumba abierta,

de la senda de ayer ahora desierta,
polvo arrastráis con que mullir la cama
en que no se despierta.

("Mis pies")